

**EL P. JOSE ANTONIO DE DONOSTIA EN EL
INSTITUTO ESPAÑOL DE MUSICOLOGIA**

MIGUEL QUEROL

Ex-Director del Instituto Español de Musicología del CSIC

A la hora de evocar la figura del P. Donosti, desde mi condición de baztanés, navarro y director, ya veterano, de una coral, son varios los pensamientos que se agolpan en mi interior pidiéndome paso. Varios pensamientos que yo esbozaré simplemente en escorzo, como a vuelapluma. Pero que podrían servir indudablemente como croquis para un ensayo más completo y profundo, que yo brindo gustosamente a los estudiosos de esta atractiva figura. Estos pensamientos, si los abriéramos en abanico hacia todas direcciones, podrían resumirse así: -La vinculación del P. Donosti a Navarra. -Su profundo espíritu franciscano. -La deliciosa fragancia de «florecilla» que rezuman muchas de sus composiciones basadas en motivos vascos. -Su gran sapiencia musical, entretejida de finura, sentimiento y técnica. -La serena profundidad de su música religiosa. -Su indudable servicio a la música coral. -Y, como abarcándolo todo, su intensa y extensa obra.

Todos estos pensamientos nos permitirán enmarcar, siquiera a trasluz, la deliciosa figura de aquel capuchino egregio.

Su vinculación a Navarra

El P. José Antonio nació en San Sebastián, desde luego. Llevó junto a su nombre de religión, siguiendo la tradicional costumbre de su orden, el nombre de la ciudad que le vio nacer: San Sebastián, o Donostia. Pronto, familiar y popularmente, se le llamó con afecto: «¡El Padre Donosti!». Pero creo que a nadie le iba a molestar si, además, se nos ocurriera llamarle «Padre Baztandarra» o «Padre Lekaroztarra».

A Lekároz llegó a los diez años para seguir el bachillerato. En Lekároz cursó sus estudios eclesiásticos; y en Lekároz, sucesivamente, tomó el hábito de la orden capuchina, hizo su profesión simple y su profesión solemne, hasta llegar al sacerdocio. Ya sacerdote, en Lekároz permaneció diez años más, simultaneando su labor docente de profesor en el Colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo con sus intensos estudios e investigaciones musicales. Y aunque, luego, al «darse a conocer dentro y fuera del País Vasco por su relevantes dotes», «su vida laboriosa y tranquila se viera interrumpida por frecuentes salidas y viajes, y por largas ausencias en Madrid, Barcelona, Pa-

rís, Buenos Aires, Toulouse, Bayona, etc.» -como dice el P. Jorge de Riezu-, «el colegio de Lekároz fue de por vida su residencia habitual». Finalmente, desde 1956, su cuerpo descansa en el cementerio de Lekároz. (Tengo para mí que algún pajarito amigo, desde la punta de un árbol -«puntaren puntar-w-, le cantará con frecuencia las melodías en las que él trabajó: «Lili eder bat...») El sirimiri del Baztán, las continuas nieblas de nuestro verde valle, la cálida y policromada otoñada, el silencio sonoro de aquel rincón privilegiado calaron indudablemente en su alma. Y todos estos elementos supo trasladarlos a sus páginas más queridas como parte de sí mismo.

Por otra parte, el P. Donosti, igual que aquel buscador de la «preciosa margarita» de la que habla el evangelio, se dedicó durante muchos años a buscar preciosas melodías por todo el caserío baztanés en particular, y por toda la zona vasco-navarra en general. Con ellas fue trenzando un amplio y bellissimo mosaico de armonías que luego su gran amigo, el P. Jorge de Riezu, ha recopilado con tesón, ternura y sabiduría, en cuatro tomos de la colección de su obra. Repasad los apéndices aclaratorios del P. Jorge acerca de esta música folklórica. Y, a través de ellos, podreis recorrer los mil caminos baztaneses y vasconavarros en los que extrajo el insigne capuchino muchas de sus melodías. Los nombres de Elizondo, Arrayoz, el mismo Lekároz, todos los pueblos del Baztán una vez y otra vez... Y, fuera del Baztán, Arano, Lecumberri, Arbizu, Lesaka, etc.

Por estas dos razones, por su larga presencia en nuestro Baztán y por su exquisito quehacer armonizador con melodías de nuestra tierra, que nadie se moleste si, en rasgo de afecto y agradecimiento, nosotros consideramos al P. Donosti, además de guipuzkoano, un autor de nuestra tierra. De mí sé deciros que, en más de una ocasión, en conciertos monográficos con autores navarros, he colocado al P. Donosti entre ellos sin ninguna duda. ¡Y a gran honra!

Su profundo espíritu franciscano

Pero si el clima y el paisaje baztanés influyeron decididamente en su producción musical, no influyó menos en él su educación franciscana. Buen hijo de San Francisco de Asís, aprendió del Poverello su virtud más eminente: la sencillez, la simplicidad.

Creo que el P. Donosti siempre huyó en su obra de los efectismos innecesarios, de los dramatismos espectaculares y llamativos, de una concepción de la música por el terreno de lo rimbombante y grandilocuente. Dentro de una técnica depurada y moderna, conocedor indudable de todos los «ismos» de la época, buscaba el camino del sentimiento y de la emoción en sus pentagramas, por encima de cualquier resultado grandiosamente sonoro. Su «MISA DE REQUIEM» podría ser un ejemplo. Escuchad lo que dijo de ella el P. Elduayen: «Desde los primeros compases del *Introito* se presenta el músico en actitud orante y humilde; renuncia a la inspiración propia, suje-

tándose dócilmente a la melodía gregoriana y limitándose a comentarla con austera sencillez; renuncia a todo afán de lucimiento en el conjunto y en cada una de las partes; y renuncia por último a los recursos de la técnica ultramoderna, cuyos secretos conoce mejor que nadie». Efectivamente, creo que el estilo, el «modus faciendi» del P. Donosti era un modo «franciscano». Se me antoja que, al hablar de su talante de compositor, le cuadran perfectamente aquellos versos que Rubén Darío dedicó al Santo de Asís: «El varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial, el mínimo y dulce Francisco de Asís...» ¡Eso es! ¡E mínimo y dulce P. Donosti!» Porque con «alma de querube», con «corazón de lis», fue componiendo su música.

Eso en cuanto al «estilo». Que, en cuanto a la temática de sus obras, ídem de ídem. Revolved, por ejemplo, el tomo V de su obra. Y os encontrareis con una intensa presencia franciscana en sus páginas. Motetes y antifonas en honor de San Francisco de Asís de San Antonio de Padua. Unos, al unísono y con acompañamiento de órgano. Otros, en polifonía. Unos, en latín; otros, en castellano; otros, en vascuence. Os encontrareis, sobre todo, con obras fundamentalmente franciscanas, como el CANTICO DEL SOL o de LAS CRIATURAS. O, en otro tomo, con el bellísimo TRIPTICO FRANCISCANO, hecho sobre una «Oración para obtener el amor» de los «Opúsculos de S. Francisco» y sobre dos bellos poemas de Mosén Jacinto Verdaguer:

«De Greccio en lo pesebre
devant l'Infant diví...»

Tanto en el fondo, pues, como en la forma, yo quiero llamar al P. Donosti así: «compositor de estilo *franciscano*». Dando al adjetivo todo lo que envuelve de riqueza expresiva: la elegancia de la sencillez, la belleza de la austeridad.

Estilo que parece trascender del libro las «FLORECILLAS»

Y este espíritu franciscano todavía se vuelve más candoroso y transparente en muchísimas de sus composiciones vascas. La ternura, la ironía levemente picaresca, la broma infantil, la poesía paisajística, el amor a las cosas pequeñas, la nostalgia, la fiesta campesina y bucólica, desfilan por sus canciones una vez y otra vez. Son páginas llenas de humanidad y de lirismo como las del libro de las «Floreccillas». Quizá sea éste el material que más hemos manejado los directores de coro. ARAN LORE; AITAK ET AMAK; GOIZIAN GOIZIK; TXORITUA NURAT HUA; ITXASOA... La lista es interminable y siempre fresca. Cuando cantamos, o escuchamos, estas canciones, tenemos la fuerte sensación de que el P. Donostia, igual que el Santo de Asís, aprendió a tratar como «hermanas» a todas las criaturas. Del tema más simple, del fragmento que, a punto de extinguirse, le cantó una viejecita del Baztán, de Guipúzcoa o de Laburdi, él trenzaba sus armonías y las hacía reverdecer como «floreccillas».

Cuentan que el P. Donosti salió-una vez a dirigir un coro en un escenario catalán. Salió con su hábito franciscano, naturalmente. Y dicen que, en el momento en que levantó la batuta para dar la señal de «entrada», alguien del público -recordando sin duda aquellos barómetros que había en forma de figurita encapuchada, con una varita en la mano, alzada o abatida según fuera la temperatura buena o mala-, gritó con humor: «¡Buen tiempo!...».

No sé si la anécdota es cierta. Merecía serlo, porque tiene también un «algo» de «florezilla». Pero, en cualquier caso, todo el largo ramillete de canciones del P. Donosti basadas en motivos vascos son signos de «buen tiempo». Son «florezillas» que recuerdan, por su ternura, su belleza y su amor a lo pequeño, aquellas andanzas sublimes y únicas de Francisco de Asís con Fray Junípero, Fray Gil o Fray León, sus frailes menores...

Sus dotes de compositor

No es éste, creo, el lugar adecuado para hacer una crítica minuciosa de la sabiduría musical de P. Donosti, aunque ya algo queda apuntado al hilo de este comentario. Pienso, por otra parte, que en este mismo volumen saldrán otros trabajos con esta finalidad específica. Pero como la silueta del insigne capuchino no iba a quedar completa sin esta pincelada, aunque sea leve, uno quiere constatar y reconocer la exquisita técnica empleada siempre por el P. José Antonio a lo largo de su extensa producción.

La educación musical recibida en su ciudad natal y en Lekároz, ampliada después en Barcelona y París, su relación y amistad con músicos tan importantes como Granados, Pedrell, Apeles Mastres y Ravel entre otros, llevó a sus partituras un «saber hacer» de máxima calidad, en el que -como ha dicho alguien- «desde sus primeras influencias románticas fue adentrándose en el estudio de los nuevos modos compositivos que Ravel y Debussy habían creado». De él escribió también José Subirá: «Su creación original se caracteriza por una gran finura: parece reflejar el impresionismo francés y acoge con frecuencia la sustancia melódica de su país natal».

Creo que no es exagerado decir que estuvo siempre en una primera línea de los compositores de su país y de su época.

Su música religiosa

Al llegar a este punto es cuando uno siente una emanación de gratitud y de afecto hacia aquella figura tan entrañable. Cinco de los doce tomos que ha ido editando el P. Jorge de Riezu nos dan un cabal conocimiento del P. Donosti en el campo religioso. Desde acompañamientos sencillos al gregoriano, hasta lo coral «a capella» o con órgano, el vasto repertorio del singular capuchino es un sobrecogedor muestrario de seriedad, de unción, de clima de oración y evocación de lo trascendente. Estas virtudes parecen emanar de

sus composiciones sacras, sobre todo de las dedicadas al culto. ¡Con qué constancia y con qué ternura buscó en el gregoriano la fuente de su inspiración, el hilo conductor de su música religiosa! ¡Con qué profundidad y sentimiento se sirvió de los textos litúrgicos impregnándolos de devoción, serenidad y emoción interior!

Todos hemos visto llegar en esta época posconciliar una avalancha de canciones mal llamadas «litúrgicas» cargadas de ligereza y ritmos iconoclastas. A todos nos ha pillado la riada de unas melodías insulsas al servicio de unos textos aún más insulsos, endebles y baratos. Todos nos hemos quedado mudos de asombro ante la inundación incontenible de una serie de compositores (?) que han conseguido introducir en nuestros templos y celebraciones sus productos. Todos, en fin, nos hemos visto impotentes para poder contener esa «nueva invasión de los bárbaros» en el ámbito de lo sagrado.

Era necesario, por supuesto, a partir de la reforma litúrgica decretada por el Concilio, producir un elenco de canciones aptas para la liturgia en las diferentes lenguas vernáculas. Era necesario, sobre todo, llenar un vacío de cara a una mayor participación del «pueblo» en las celebraciones. Pero, sin ánimo de echar la piedra contra nadie, lo cierto es que las cosas se han hecho, en general, a la ligera y anárquicamente. Sin establecer antes unas mínimas reglas de juego. Sin detenernos a poner unos cimientos sólidos, imprescindibles, en los que, por encima de todo, se velara por el fervor, el temblor de lo sacro, el Misterio. Sin sentarse suficientemente en una misma mesa los compositores serios, los liturgistas, los pastoralistas, los literatos y artistas, para sumar esfuerzos, para dosificar los materiales, para estudiar bien el «fin» y los «medios». Nos entró, además, la prisa. Como si en dos o tres años hubiera de suplirse, con cancioncillas efímeras, el acervo cultural del gregoriano y la polifonía, que son obra de siglos, Añadan Vds. a éste los intereses crematísticos de las casas comerciales... Sí; nos pilló la riada.

Por eso, pues, como mínimo homenaje de añoranza y gratitud, yo evoco aquí la música religiosa del P. José Antonio. Tanto la litúrgica como la extralitúrgica. La contenida en sus cinco tomos: NAVIDAD, PASCUA, JESUCRISTO, MARIAL, SANTORAL. El Padre Donosti, igual que Moisés al acercarse a la zarza ardiendo, a la hora de acercarse a componer su música religiosa, se quitó las sandalias siempre. Porque se daba cuenta de que «la tierra que pisaba era sagrada». ¡Ojalá los compositores de hoy copien el ejemplo del P. Donosti que parecía componer con el alma de rodillas, en clima de oración!

Su formidable servicio a «lo coral»

Todo lo que he venido diciendo me lleva a una nueva consideración. Y es: que la extensa obra del P. José Antonio, tanto en lo profano como en lo sacro, sirvió siempre de selecto repertorio a los coros más diversos, pero fundamentalmente a los coros vascos. Navarra ha sido en estos años plataforma de buenos y abundantes coros. La formación musical recibida en el semina-

rio de Pamplona y su «schola cantorum» ayudó a ello y proyectó músicos y cantores, con ganas y con ideas, que llevaron su quehacer coral a muchos lugares de Navarra. A la ya reconocida presencia del Orfeón Pamplonés, Agrupación Coral de Elizondo y Coral de Cámara, se han ido sumando otros coros. La Coral San José de Pamplona, Itxaso, Ipar-Doñúa, Iruñako Zorziak..., todos ellos en la ciudad. Y en los pueblos, aparte de la ya mencionada de Elizondo, se fundaron coros con resultados relevantes: Falces, Echarri Aranaz, Tafalla, Villava, Sangüesa, Aoiz... Y un largo «etc.» que comprende también escolanías y grupos de voces graves, con el riesgo siempre de que dejemos de mencionar alguno. Fueron y son coros con inquietudes, con ganas de trabajar, con presencia fuertemente positiva.

Pues bien, todos esos coros han reconocido siempre la obra coral del P. Donosti. La han llevado con esmero a sus programas. La han sentido como propia. La han considerado sobre todo como una obra muy apta para calibrar precisamente las posibilidades expresivas de un coro.

Pero, entre todos esos coros y sin ánimo de preterir a nadie, es de ley hacer una mención especial a la Agrupación Coral de Elizondo. Porque la Coral de Elizondo, siempre bajo las mismas manos sabias y acariciadoras de Juan Eraso, ha sido seguramente la mejor intérprete de la música coral del P. José Antonio. La música del P. José Antonio encontró en los de Elizondo la traducción exacta. Los sentimientos que el ilustre capuchino escondió en sus partituras fueron emergiendo a la superficie en las versiones que Juanito Eraso supo darles. La expresividad de los elizondarras, su calidad sonora, su murmurar y llorar, su sonreír, su declamar o recitar, según los casos, hicieron que la obra del P. Donosti adquiriera espíritu, se hiciera vida de verdad.

Yo recuerdo con emoción ensayos de la Coral de Elizondo en mis años mozos. Recuerdo igualmente la presencia del P. Donosti en muchos de ellos. Pero recuerdo, sobre todo, la mirada de seráfica complacencia -nunca mejor empleado el adjetivo- con que el bendito padre observaba las vicisitudes de aquellos ensayos, el recreo que suponía para él precisamente eso: el ver cómo sus partituras se iban «re-creando».

Vida intensa y fecunda

A punto de terminar estas notas y hechas las consideraciones que anteceden, se desprende por sí misma una última, o primera, pincelada. La de la constante labor del P. Donosti. La de reconocer que su vida fue muy «intensa y fecunda».

El P. José Antonio fue un tenaz trabajador. Ahí han quedado esos doce tomos de su obra, recopilados con fervor y mimo por su gran amigo fiel, e intérprete exacto de sus deseos, el P. Jorge de Riezu. A él nos hemos referido varias veces. Pero el mismo P. Jorge reconoce que estos doce tomos publicados no son la «obra completa». Que hay por ahí mucha música -en uno de los tomos nos proporciona una lista- que no se ha llegado a publicar o por

problemas de espacio, o por haberse perdido. Añadid a ello la labor investigadora, callada y humilde, del singular capuchino. Sumad, después, las conferencias pronunciadas aquí y allá. Leed, si podeis, todos los artículos y colaboraciones escritas para periódicos o revistas. Y encontrareis la razón de este último apartado.

Existen dos fotografías del P. Donosti que yo las prefiero a todas. En una, aparece con un libro en la mano y la capucha calada, como muy metido en sí mismo, como muy centrado en su labor. En la otra, se le ve inclinado en la mesa sobre una partitura suya, como repasándola y perfeccionándola. Estas dos fotografías le retratan a fondo. Fue un trabajador concentrado en su labor y un perfeccionista insatisfecho. Me recuerda a aquellos miniadores medievales que se pasaron la vida, entre pinceles y colores, policromando viñetas en preciosas miniaturas.

El título

Y termino. Al comenzar este artículo, se me agolpaban en la mente diferentes facetas de nuestro músico exigiendo cada una su capítulo propio. Ahora, al terminarlo, se me agolpan diferentes títulos como queriendo resumir cada uno de ellos la silueta de este gran hombre. Así, un primer título diría: «El P. Donosti, cantor de Dios y cantor de las criaturas». Tengo la convicción de que eso fue. Otro segundo rezaría: «Alabado seas, mi Señor, por el hermano José Antonio, tan buen juglar de tus caminos». Igualmente pienso que le retrata de lleno. Pero, al fin, me quedo con el que habeis leído al principio: «El Padre Donosti, hermano menor y músico mayor». «Músico mayor», por todo lo que aquí queda esbozado. Y «hermano menor» porque tuvo un vivir y un hacer tan limpio y claro como los de Fray Gil o Fray León.

Si me permitís esta última licencia, me imagino así un diálogo en el cielo entre Francisco de Asís y su hijo, el hermano José Antonio:

- ¿En qué consiste, Padre, la verdadera alegría?
- Escribe y apunta, Fray José Antonio, criatura de Dios: En que llegues a componer un día una música tan cristalina, que se pueda cantar en todos los tiempos y en todos los lugares, «así en la tierra como en el cielo».

P.D.- Termino de escribir este artículo el mismo día de la festividad de Santa Cecilia, la patrona de los músicos, 22 de noviembre de 1985. No tengo más remedio que terminar con una mínima oración a nuestra santa: «Gloriosa Cecilia, cuídanos bien a nuestro hermano José Antonio; concédele una mesa y una silla, y bastante recado de escribir. Verás qué armonías presenta al coro de los ángeles y de los arcángeles. Sobre todo, al de los serafines. Amén».